

Infancia, exilio y memoria.

Tres relatos de una infancia transterrada tras la última dictadura argentina

Childhood, exile and memory. Three stories of a translanded childhood after the last dictatorship in Argentina

ENSAYO TESTIMONIAL

MARISA GONZÁLEZ DE OLEAGA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA (ESPAÑA) · mgonzalez@poli.uned.es

Profesora titular del Departamento de Historia Social y del Pensamiento Político.

CAROLINA MELONI GONZÁLEZ

UNIVERSIDAD EUROPEA DE MADRID (ESPAÑA) · melonicarolina@yahoo.es

Profesora titular de Ética y Pensamiento político en el Departamento de Educación de la Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación.

ANA CAROLA SAIEGH DORÍN

UNIVERSIDAD CARLOS III DE MADRID (ESPAÑA) · asaiegh@pa.uc3m.es

Profesora asociada del Departamento de Humanidades: Filosofía, Lenguaje y Literatura.

RESUMEN: Este trabajo aborda la cuestión del exilio desde una figura en particular: la infancia. Cientos de miles de niños y adolescentes terminaron por convertirse en desterrados o expatriados, debido a la situación política que atravesaba el país. A través de tres relatos autobiográficos de infancia y adolescencia, exploramos lo que supuso el exilio desde la experiencia de esas edades. Los tres relatos, narrados en primera persona y desde voces femeninas, nos sumergen en tres historias distintas. Sus protagonistas, aunque poseen edades diferentes, aparecen unidas por un único hilo conductor: cierta resignificación del exilio, del regreso y del lenguaje, emerge como condición de posibilidad de supervivencia para estos sujetos transterrados.

PALABRAS CLAVE: Dictadura argentina, exilio, destierro, transterrados, infancia, autobiografía, Walter Benjamin.

ABSTRACT: This paper focuses the exile from a new point of view: childhood. Thousands of teenagers and children ended up exiled, due to the political situation the country was facing. Through three biographical stories of childhood and adolescence, it explores what the exile meant for them. These three stories will help us to understand what the exile meant for this age range. The three stories are narrated in the first person, by female voices. Their main characters are linked by a common thread: a certain redefinition of the exile, the return and the language emerge as a condition of possibility for their survival.

KEYWORDS: Argentinian Dictatorship, Exile, Translanded, Childhood, Autobiography, Walter Benjamin.

González de Oleaga, Marisa; Meloni González, Carolina; Saiegh Dorín, Ana Carola.
“Infancia, exilio y memoria. Tres relatos de una infancia transterrada tras la última dictadura argentina”.

Kamchatka. Revista de análisis cultural 8 (Diciembre 2016): 93-109.

DOI: 10.7203/KAM. 8.9073 ISSN: 2340-1869



Introducción: la memoria transterrada

Se trata entonces de pensar el exilio, no como algo que sobreviene a lo propio, ni en relación con lo propio -como un alejamiento con vistas a un regreso o sobre el fondo de un regreso imposible-, sino como la dimensión misma de lo propio. De ahí que no se trate de estar: ‘en el exilio interior de sí mismo’, sino ser en sí mismo un exilio.

Jean-Luc Nancy

Porque los exiliados conforman una raza

Frédéric Pajak

De todos los filósofos y escritores que han abordado no solo la cuestión de la memoria, sino y fundamentalmente, de su propia memoria como condición de posibilidad de la identidad, Walter Benjamin es quizás uno de los más lúcidos al respecto. Y quizás lo sea porque realiza este abordaje de la memoria autobiográfica a través de su infancia, a través de esos fragmentos de recuerdos que, como verdaderas iluminaciones, fueron constituyendo su propio ser. El mismo Benjamin reconoce verse influido por el método ya inaugurado por Proust. Y, si bien para Proust supuso una suerte de juego literario-infantil, para Benjamin se fue tiñendo de una seriedad que deja sin aliento tanto al historiador como al filósofo. La memoria de lo que somos y fuimos se abre ante nosotros, como cajita de Pandora o muñequita rusa, en pliegues interminables. Fractales infinitos que nos remiten, una vez que se ha puesto en marcha el mecanismo, a otras estancias y pliegues, a otros lugares que creíamos olvidados y que no volveríamos a visitar. De la mano de Proust, Benjamin inicia toda una “poética del recuerdo”, a través de la mirada infantil, de los fragmentos de su infancia en Berlín, de las calles y parques visitados, de los juegos favoritos, de los sonidos cotidianos, de aquellos aromas y sabores que marcaron sus primeros años. La memoria de lo que fuimos y somos, en definitiva, quizás haya que ir a buscarla en esa extraña temporalidad que es la infancia, en esos espacios y momentos de vida discontinuos que apenas podemos esbozar con una seguridad temblorosa en nuestra adultez.

En un ya célebre texto de su *Crónica de Berlín*, Benjamin afirma que muchas son las personas que dicen encontrar su destino en la historia personal, en la herencia, en los valores transmitidos por una férrea educación. Él, sin embargo, cifra toda su identidad en una colección de tarjetas postales de su abuela materna, en la cual, nos dice: “podría hallar algunas de las causas de lo que fue mi vida posterior si hoy en día pudiera volver a hojearla” (Benjamin, 2015: 64). ¿Sería, pues, posible rememorar todo el espacio vivido a través de esos objetos fetiche que cual tesoros hemos guardado desde niños? ¿Qué tipo de memoria y de relación con el mundo establecemos desde nuestros recuerdos de infancia? ¿Cómo mirábamos el mundo entonces y cómo esa mirada ha llegado a constituir lo que hoy somos? El niño era, para Benjamin, la imagen por antonomasia del coleccionista. Transidos por una temporalidad cuasi mítica y por un espacio-tiempo marcado siempre por el influjo de los sentidos y de las emociones, nuestros recuerdos infantiles siempre estarán atravesados por sonidos, olores y sabores, sensibilidad que hace posible “ese espacio o escenario de la memoria” (Pinilla, 2010: 6). ¿Qué ocurre, entonces, ante una memoria infantil traumática? ¿Cómo

vieron el mundo aquellos niños que fueron testigos del horror, la separación y la injusticia? ¿Qué sensibilidad se despertó en ellos a través de lo que se vieron obligados a vivir o presenciar? ¿Y qué tipo de recuerdos-rememoraciones les sobrevienen de adultos de estas experiencias? Es posible que la memoria del adulto, adocenado y amaestrado, esté compuesta de un relato fluido y falso, de un relato temporal, acompasado, como si la memoria se expandiese y contrajese a intervalos rítmicos. La memoria de la infancia, la que propone Benjamin, sin embargo, es una memoria compuesta de relatos espaciales, fracturados y fragmentados, y nunca de relatos temporales, dado que el tiempo no tiene el mismo color ni textura en la infancia/adolescencia y se transforma siempre en una temporalidad infinita e inabarcable en esas edades. Esta memoria espacial, compuesta de retazos, es la que aquí nos interesa.

Presentamos aquí tres relatos de una memoria infantil marcada por la pérdida y el destierro. Se trata de tres historias autobiográficas distintas, con protagonistas en edades diferentes y con una biografía familiar no similar. Pero, sin embargo, las tres historias poseen varios ejes de anclajes comunes, así como un mismo hilo conductor. Dicho hilo rojo no es otro que la experiencia del exilio sobrevenida tras la última dictadura en Argentina. Los elementos comunes en las tres protagonistas son los siguientes: los tres relatos están narrados en primera persona y desde voces femeninas; asimismo, los tres nos sumergen en historias de infancia y adolescencia en las que cierta resignificación del exilio, así como del regreso y del lenguaje, emergen como condición de posibilidad de supervivencia para estos sujetos transterrados.

En el primero de estos relatos, titulado “Sauf le nom”, se nos presenta la historia de una niña de 5 años, cuya familia al completo sufrió la violencia de la desaparición, la muerte y la reclusión de sus distintos miembros. El relato se centra en las diferentes marcas y heridas traumáticas que la dictadura fue dejando en la identidad de estos sujetos: la cuestión del nombre propio, así como las visitas a la cárcel y el reencuentro con la madre inician una existencia transterrada mucho antes, incluso, de la salida del país. En este caso, una politización y resignificación del exilio mismo como patria siempre expatriada, siempre desterritorializada, se nos presenta como única condición de posibilidad de una identidad fragmentada y fronteriza.

El segundo de estos relatos, titulado “Las sillas plegables”, narra el relato de una niña de 8 años cuya identidad vendrá marcada, en este caso, por la clandestinidad. A diferencia del caso anterior, la cuestión de la edad es sumamente relevante, dado que el elemento principal de este relato autobiográfico es el encuentro con el lenguaje y la lectura. Las palabras escritas, a través de los libros leídos, de las cartas redactadas a un padre exiliado en primera instancia, buscando un país al que poder mudarse con toda la familia, se transforman en el único espacio de habitabilidad, de protección y resguardo para esta niña cuya historia familiar estuvo asimismo marcada por el compromiso y la militancia de sus padres y por la violencia política del país durante aquellos años.

Por último, el relato titulado “Entre paréntesis”, tiene como protagonista de la historia a la niña-adolescente, cuyos padres emigrantes españoles tras la Guerra Civil deciden retornar a su país de origen dadas las circunstancias políticas que se avecinaban en la Argentina de 1975. Al mismo tiempo que ellos inician una suerte de regreso, su hija comienza su destierro. El viaje en barco y la

llegada a la casa familiar son dos de los lugares, temporalmente provisionales pero definitivos en la configuración identitaria del sujeto transterrado, sobre los que pivota cierta resignificación de un regreso múltiple e imposible que, no obstante, permite la recreación del pasado personal y familiar y la reconstitución de esa identidad traumática y fragmentada.

Si bien la literatura autobiográfica del exilio se ha convertido en los últimos años en un verdadero género literario, con excelentes ejemplos incluso de narraciones cuyas protagonistas suelen ser niñas¹, este artículo no sigue esta línea de investigación. Partimos de tres relatos fragmentarios para, en cierto modo, abordar una memoria fragmentaria y nunca monolítica, con voces distintas y experiencias diferentes. La herencia benjaminiana se hace presente en todos ellos, los cuales, a la manera de destellos, nos dejan entrever y husmear en las breves historias que se nos relatan. La escritura, el lenguaje y las palabras, cual metáforas errantes, nos sirven como hogares precarios, nunca definitivos, únicos espacios de protección para identidades marcadas por el destierro. Asimismo, la reconceptualización del exilio como condición de posibilidad de la identidad aparece en los tres relatos, intentando alejarse de todo posible discurso victimista. No es casual que en todos ellos los transportes, como el barco, el tren o el avión, aparezcan como espacios de comunidad en los que encontrar un amparo o refugio, siempre provisional y precario. De ahí la reapropiación del término “transterrado” para definir estas identidades erráticas. Como bien sabemos, se trata de un concepto acuñado por el filósofo español José Gaos para definir el exilio español en México, exilio caracterizado por cierta idea de continuidad y de comunidad común. Hay, por tanto, en nuestras identidades transterradas cierta reconfiguración de una subjetividad heterogénea y apátrida, que hizo del exilio su hogar y su razón de ser.

Por otra parte, los textos van acompañados de una serie de fotografías de los llamados “objetos de exilio”²: pasaportes, cartas, fotos antiguas que nos conectan, a través de la imagen, no solo con la memoria latente del exilio, sino con la memoria infantil y la carga significativa que dichos objetos poseen para la construcción de la identidad transterrada. Gracias a la imagen, a esa imagen-recuerdo o imagen-fetiché (Didi-Huberman, 2004), rozamos de alguna manera, como en un fogonazo o un arrebató de la memoria, las sensaciones y emociones que cierto objeto provoca y despierta en la niña transterrada: desde esas cartitas enviadas a un padre que nos espera ya en el exilio, a una agenda con los números de teléfono de entonces que, como las miguitas de Pulgarcito, eran la garantía de un deseado reencuentro, o un pasaporte en el que un nombre distinto al nombre actual supone la marca de la ignominia y la violencia sufrida durante la dictadura. Estas imágenes-recuerdo nos permiten asomarnos tímidamente a esos objetos cargados de signos, de historia, de memoria, de ternura, de miedos que nos acompañaron en nuestras travesías, en las huidas, en los viajes.

¹ Destacamos el artículo de Leonor Arfuch, “Memoria, testimonio, autoficción. Narrativas de infancia en dictadura” (Kamchatka, diciembre 2015), en el que se realiza un exhaustivo recorrido por las principales obras testimoniales y de autoficción cuyo eje es el exilio infantil narrado fundamentalmente por mujeres, entre ellas: Laura Alcoba y *La casa de los conejos* (2008); Raquel Robles y *Pequeños combatientes* (2013) o Mariana Eva Pérez y *Diario de una princesa montonera* (2012), entre otras.

² Fotografías realizadas por Hernando Gómez Gómez

Abordar las terribles consecuencias que la última dictadura argentina supuso en los miles de niños y adolescentes que sufrieron tanto la desaparición, tortura y exterminio de sus seres queridos, como la separación, la pérdida del hogar y el destierro, es aún una insondable tarea que nos queda por hacer. Nuestra propuesta se presenta como una mínima contribución al respecto. No desde la novela familiar, ni desde la autoficción, sino desde el relato encarnado, desde cierta corpo-política de tres mujeres cuyos relatos, de manera cuasi rapsódica, se atreven a indagar en esos gestos infantiles que hoy nos hacen reconocibles a nosotras mismas.

Relato 1: *Sauf le nom...*³

Su niñez estaba poblada de nombres, su propio cuerpo era como un salón vacío lleno de ecos sonoros, nombres derrotados. No era un ser, una persona. Era una comunidad

William Faulkner

La expresión francesa “*sauf le nom*” conlleva una serie de significados y usos distintos recogidos, en parte, en la obra homónima del filósofo Jacques Derrida. Este complejo y poco estudiado texto derridiano forma parte de una trilogía célebre escrita entre finales de los ochenta y comienzos de los años noventa. Junto con *Passions* (1993) y *Khóra* (1993), aunque con temáticas distintas, suponen en cierto modo el punto de inflexión o tránsito que algunos críticos señalan entre un primer Derrida, todavía inserto en los juegos postestructuralistas, y el último, más ético-político y austero. La obra que aquí me interesa, concretamente, tiene como eje central la cuestión del nombre. Se trata, en definitiva, de un “ensayo sobre el nombre”, escrito en forma de diálogo y bajo tres ficciones filosóficas, a la antigua usanza casi, rememorando ciertos diálogos clásicos de la historia de la filosofía. No es, sin embargo, el único texto derridiano en el que “la cuestión del nombre” se hace presente.

¿Qué es, en definitiva, un nombre? ¿Cómo y por qué nombramos? ¿Qué nombra el nombre? ¿Qué sucede cuando damos nombre, cuando se nos da un nombre? Mi contrato nominal, por ejemplo, comienza con una fotografía de pasaporte en blanco y negro de una niña con cara asustada, bajo un nombre que, años después, sería alterado. ¿Y qué sucede cuando incluso se carece de nombre? Muchas de estas preguntas atraviesan los textos del argelino, incluso en aquellos en los que la cuestión del nombre propio no forma parte de la temática central de la obra. Quizás porque la dictadura y el exilio, además de haber supuesto otras incertidumbres, perturbaron también mi nombre, he vuelto en numerosas ocasiones a estos enigmáticos textos deconstructivos.

Nada más seguro y certero que el nombre propio; signo de identidad, de unidad y, en definitiva, de entidad. “El nombre propio, afirma G. Bennington, debería asegurar cierto pasaje entre lengua y mundo y, en esa medida, debería indicar un individuo concreto, sin ambigüedad, sin tener necesidad de pasar por los circuitos de la significación”. Toda nuestra identidad se concentra y bascula en la cuestión del nombre propio. Nada más propio que el nombre. Nada más nuestro e indubitable. Fui nombrada, luego existo... ¿Acaso podríamos cuestionar la potencia onto-identitaria del nombre?

³ Relato de Carolina Meloni.

¿Acaso podría, el nombre, nuestro nombre, desnombrarnos, desappropriarnos, expropiarnos? ¿Y si el nombre puesto, impuesto y no elegido, se transformara en una experiencia de la “desapropiación”, de la desterritorialización? En definitiva, damos por hecho que “salvo el nombre” todo es incierto. El mundo entero podría desmoronarse, pero seguiríamos siendo reconocibles al otro, identificables social, política y administrativamente, nombrables, archivables en un DNI, hasta localizables en nuestra última morada. Incluso, nuestra tumba nos reinscribirá, casi performativamente, en el circuito de las vidas llorables, cuando se grabe en ella nuestro nombre. He aquí mi nombre: deícticamente, me interpele y me erijo en un yo concreto, sustancial e identitario. ¿Salvo cuando me lo cambian?

La expresión francesa “sauf le nom” indica, en toda su potencialidad, una expresión de excepcionalidad absoluta: *sauf*, esto es, salvo, menos, excepto: todo menos el nombre, podríamos decir. Y, al mismo tiempo, *sauf-sauve* en tanto que adjetivo supone la salvación: salvo el nombre, salvados, acogidos, protegidos por un nombre concreto que de una manera casi teológica nos brinda un estado de refugio y resguardo. El nombre propio, afirmaba en este sentido Derrida, actúa como un verdadero “arte del paraguas”.



Mi experiencia como sujeto transterrado se inicia, sin embargo, como una experiencia del exilio del nombre. *Cómo se llega a ser lo que se es*, se preguntaba Nietzsche en su más autobiográfica obra, *Ecce Homo*, en la que, precisamente, pone en juego su nombre, su vida, para dar testimonio de sí mismo. Cómo nos transformamos en lo que somos. Y ¿qué es lo que somos, en definitiva? Aún conservo ese primer pasaporte en blanco y negro y cara asustada con el que tuve que salir de una Argentina dictatorial, en cuyo anverso, al lado de un nombre distinto a mi nombre actual, pone casi de forma irónica: “No firma aún”. La marca indeleble de mi identidad política ni siquiera podía hacerse visible en este documento que iba a permitirme salir hacia el exilio. Así comenzaría a ser la que soy.

Poco he cambiado desde entonces. *Salvo el nombre*, modificado por mi padre cuando fue puesto en libertad en los inicios de la democracia. *Cómo se llega a ser lo que se es*, cuando ni siquiera tenemos un mismo nombre a lo largo de nuestra existencia.

Quizás, podría decir que nuestro exilio comienza el día en que mi madre recupera la libertad, tras cinco años y medio de cautiverio por su militancia. Ese día, mi abuela y yo la esperábamos impacientemente en un pequeño bar situado enfrente de la cárcel de Villa Devoto, en Buenos Aires. Desde el interior, recuerdo que el único paisaje urbano que mis ansiosos ojos infantiles alcanzaban a divisar era el muro, infinito y amenazador, del penal, el cual me resultaba bastante familiar. Los primeros años de mi vida, sin contar con el año y medio que permanecí con mi madre en cautiverio en distintas cárceles de la provincia de Tucumán, transcurrieron en trenes de segunda clase en los que mis abuelos y yo recorríamos media Argentina para visitar a mis padres, presos en diferentes cárceles de Buenos Aires. Estos viajes interminables, desde el interior del país, fueron mis primeras experiencias del destierro, de la desterritorialización más desoladora. En los vagones del famoso tren “El estrella del Norte”, que conectaba la Argentina profunda con la capital, comíamos, dormíamos, escuchábamos la radio, compartíamos relatos con otras familias de presos políticos que iban sumándose en las distintas provincias que atravesábamos (La Banda, Colonia Dora, Rosario Norte, etc.). Éramos también requisados y controlados por la policía y el ejército que subía prepotente con sus perros y ametralladoras en diferentes puestos fronterizos interprovinciales.

El 18 de julio de 1980, mientras esperaba a que mi madre saliera de la cárcel en aquel barcito junto a mi abuela, no era aún consciente de que esos oscuros años de visitas, esperas, viajes y pensiones baratas, requisas y canciones de cuna cantadas tras un cristal tocaban a su fin. Entre juegos y escondidas, conseguí salir del bar y esperar en la vereda. Cuando de repente, la vi. A lo lejos, caminando sola, casi pegada al frío y gris muro infinito. Tan bella, joven como inocente, con su abrigo de pana marrón y con ese aire desorientado de aquel que ha vivido el paréntesis del cautiverio y que debe volver a ingresar en un mundo distinto, un mundo que ha seguido cambiando sin su presencia. Corrí hacia ella para abrazarla y ella me esperó con sus brazos abiertos. El reencuentro con mi madre, ya fuera de la cárcel de Villa Devoto, inicia mi infancia transterrada.

Salimos de Argentina un 27 de enero de 1981, mi madre y yo. Mi abuelo Juan nos esperaba en Madrid. Los días previos al viaje los pasamos en una pobre barriada de la provincia de Buenos Aires. Una familia de Santiago del Estero, con los que mi abuela había trabado amistad tras las incontables visitas a los hijos encarcelados, nos dejó una casita en Wilde, pequeña ciudad situada al sudeste de Buenos Aires. Allí estuvimos los últimos días, mi madre, mi abuela y la *nonna* Matilde, vecina y madre de desaparecido también que acompañaba a mi abuela en sus eternas e infatigables peregrinaciones en busca de sus hijos, secuestrados ambos durante el Operativo Independencia en Tucumán.

El día de nuestra partida, la *nonna*, esta entrañable mujer, enorme, gorda y maternal, se empeñó en llevar consigo el bolso con toda nuestra documentación. Quizás por miedo a ser interceptados por la policía, le cedimos nuestros billetes, pasaportes y visados a esta anciana con rostro de bondad. Emprendimos el viaje al aeropuerto de Ezeiza, un día de lluvia insondable, por calles sin asfaltar, cubiertas de barro y lodo, cargando maletas y sorteando los charcos y pequeñas

riadas. En medio de esta aparatosa travesía, vimos en un segundo caer a la *nonna*, con su cuerpo enorme y cansado, en una pequeña zanja por la que corría barro, basuras de todo tipo y aguas estancadas. Mi madre y yo vimos flotar en esas podredumbres nuestros pasaportes y billetes, al tiempo que no parábamos de gritar y gesticular de forma alocada. Tengo grabada la escena en mi memoria, escena tragicómica y absurda, que aún nos hace soltar carcajadas.

Después de rescatar los restos del naufragio y de conseguir sacar a la *nonna* de la zanja, seguimos nuestro camino al aeropuerto, como parias, desamparadas y mojadas, asustadas y desposeídas. Como si el barro y la tierra en la Argentina se hubieran abierto de par en par para intentar engullirnos y no permitirnos salir.

La escritora chicana y lesbiana Gloria Anzaldúa definió la frontera de 3140 km que separa los Estados Unidos de México como una “herida abierta”, herida que va a atravesar el cuerpo de la mujer del Tercer Mundo, localizada y situada en ese espacio fronterizo de colonización y violencia (Anzaldúa, 2007). La Argentina que dejábamos mi madre y yo, a comienzos de los años 80, se perfilaba tras nosotras también como una gran herida abierta en la que el dolor, el miedo y la muerte se habían hecho cotidianos. Allí se quedaban mis abuelos, mi padre, preso aún en la cárcel de Caseros, ahí quedaba mi pobre tío Hernán, desaparecido con solo 20 años y arrojado ya por esas fechas en el Pozo de Vargas, fosa clandestina en la que sería encontrado casi cuatro décadas más tarde. Dejamos una Argentina herida, golpeada y torturada. Nos fuimos, de ese paisaje desolador, de cárceles y pasillos atestados de familiares, de Centros Clandestinos de Detención que comenzaban a ocultarse, de fosas anónimas que los verdugos intentaban ya esconder. Dejamos atrás escuelas, campos y plazas, calles de ciudades de provincias, cañaverales e ingenios, casas allanadas y abandonadas, escenarios siniestros de la muerte, el horror y el sufrimiento. Nos fuimos, mi madre y yo, cogidas de la mano, en un avión, conmovedoramente solas, huyendo del genocidio y del terror político.

Si bien nuestra interpretación político-filosófica del exilio viene marcada por la tradición griega, para la cual, la idea del ostracismo era entendida como un castigo sobrevenido al ciudadano que, en cierto modo, había traicionado la vida en común de la *polis*, convendría quizás rescatar otras concepciones de este fenómeno desde una perspectiva diferente. Así, por ejemplo, en su texto *Política del exilio*, Giorgio Agamben (1996) analiza la contribución al léxico jurídico-político que introduce el neoplatónico Plotino quien utiliza el término *phugé* para referirse al exilio. Si bien Plotino se refiere con este término a una condición cuasi místico-filosófica del alma, inicia, en cierto modo, la distinción entre huida y exilio, entendido este último no tanto como una pena acaecida a un ciudadano, sino como un derecho político. Se trataría de una suerte de refugio que se le ofrece a alguien que ha sido condenado a la pena capital, el cual tiene derecho a abandonar la ciudadanía, escapando así de la muerte. Hay, nos recuerda Agamben, cierta politización del exilio como condición del apátrida. Así, la condición de extranjero, de sujeto liminar, situado entre fronteras, reivindicada por numerosos autores, hace que el exilio deje de ser una figura marginal, en el sentido de pena o penitencia que deberá sufrirse, cargar o sobrellevar como bien se pueda, para ser condición de posibilidad de numerosas identidades que han cobrado forma en su seno.

Llegué a Madrid con apenas 5 años, de manos de una madre a la que apenas conocía a través de mis visitas a la cárcel y a la que empecé a conocer en el exilio. Llegué a una ciudad diferente, que cual *khóra* platónica o útero materno, nos acogió y protegió de las sombras que habíamos dejado en Argentina. Aterricé con mi pasaporte no firmado, con un nombre que se modificaría años después, arropada sin embargo por esos apellidos materno-filiales. El exilio, hogar poblado de voces, ecos y risas infantiles, poco a poco, fue dando forma a mi existencia transterrada, marca indeleble que me permitiría llegar a ser quien soy. Extraña morada en la que he decidido permanecer.

Relato 2: *Las sillas plegables*⁴

Aquella noche de mediados del mes de junio de 1976, metidos en la bañera de espuma mi hermano y yo, no sabía que ese momento iba a cambiar mi vida para siempre. Acababa de cumplir 8 años.

No era esa niña “la hija del turco”, sino una niña intensamente callada que había aprendido a habitar en las palabras de los otros, al punto de hacer brotar fiebres elevadas cuando las propias se arremolinaban en la garganta, pugnando por salir al exterior. Aquellas fiebres altísimas me hacían delirar y traían, con una irrefrenable cadencia de repetición, siempre las mismas pesadillas imposibles de explicar.

El día en que mi padre llegó a casa y nos contó a mi hermano y a mí que al día siguiente se iría del país para buscar otro lugar donde vivir, la espuma blanca y consistente que llenaba la bañera nos cubría por completo; jugábamos a ponernos pelo y barbas blancas y toda el agua parecía de chantilly. No puedo recordar las palabras exactas que nos dijo, serio y profundo el semblante, sentado cerca del borde esmaltado, y tampoco sé qué le respondimos, pero la escena la recuerdo como si fuera hoy. Así son los recuerdos en la infancia, truncos, flashes, fogonazos, como retazos de historias.

Con 8 años la idea que uno tiene de un país es difusa, fragmentaria, construida desde la mirada propia y desde abajo, elevada hacia el mundo de los adultos, interrogándolos siempre con la mirada, deseando que respondan también a lo que no preguntamos, atentos los oídos a sus conversaciones.

¿Irse de la Argentina? ¿A dónde? Con 8 años yo ya vivía en los libros, de modo que quizás no fuera tan importante el lugar al que iríamos. Lo que de veras era importante era que mi papá encontraría un lugar para vivir y nos avisaría. Un mes y cinco días más tarde mi madre, mi hermano y yo lo seguíamos, cargando en nuestros bolsos y valijas todo lo que fuimos capaces de alzar. Mi hermano no levantaba gran cosa del suelo y caminaba trabajosamente transportando, con los hombros bien arriba, una Olivetti Lettera portátil metida en su funda verde azulado con banda negra en el centro.

Aterrizamos con nuestros gamulanes en el calor sofocante de Barajas. A recogernos vino con mi padre un amigo suyo, compañero de exilio, integrante de la pequeña colonia de exiliados argentinos que se había instalado ya en Madrid. El hijo del amigo de mi padre venía, flaquito y sin

⁴ Relato de Ana Carola Saiegh Dorín.

camiseta, con su melena larga y despeinada cayéndole sobre la frente, como la de mi hermano, tan años 70, tan diferentes de los chicos españoles que lucían sus cortes de pelo tan peinados y cortitos. Fuimos derechos a Torre Renta, un edificio *aparthotel* en la calle Capitán Haya. Probablemente allí pasamos las primeras semanas de exilio. Desde entonces mi cumpleaños ha caído siempre en verano.

No debió de ser muchas semanas antes de ese mes de julio cuando mi madre había tenido que hacer un gran esfuerzo por seguir manejando su auto con solvencia mientras en el asiento de atrás mi hermano y yo manteníamos una conversación sobre lo que se veía por las ventanillas del coche. Mi hermano debió de preguntar que por qué estaban todos aquellos policías armados hasta los dientes apostados en el suelo de la calle por la que transitábamos, a lo que yo le respondí con naturalidad que era “para matar a los bajitos”. A mi madre se le debió de helar la sangre en aquel momento. A veces, la evidencia para un niño escapa al discurso de los adultos. Ya dos años antes, en septiembre del 74, mi padre había publicado como Decano de la Facultad de Medicina una solicitada de una página completa en el diario *La Nación*, sufragada desde la comunidad universitaria, denunciando amenazas hacia su integridad física y la de su familia, y recordando que al hijo del Rector de la Universidad de Buenos Aires lo habían asesinado con una bomba sin que mediara una palabra oficial de condolencia. Sí, también había bombas para los bajitos.

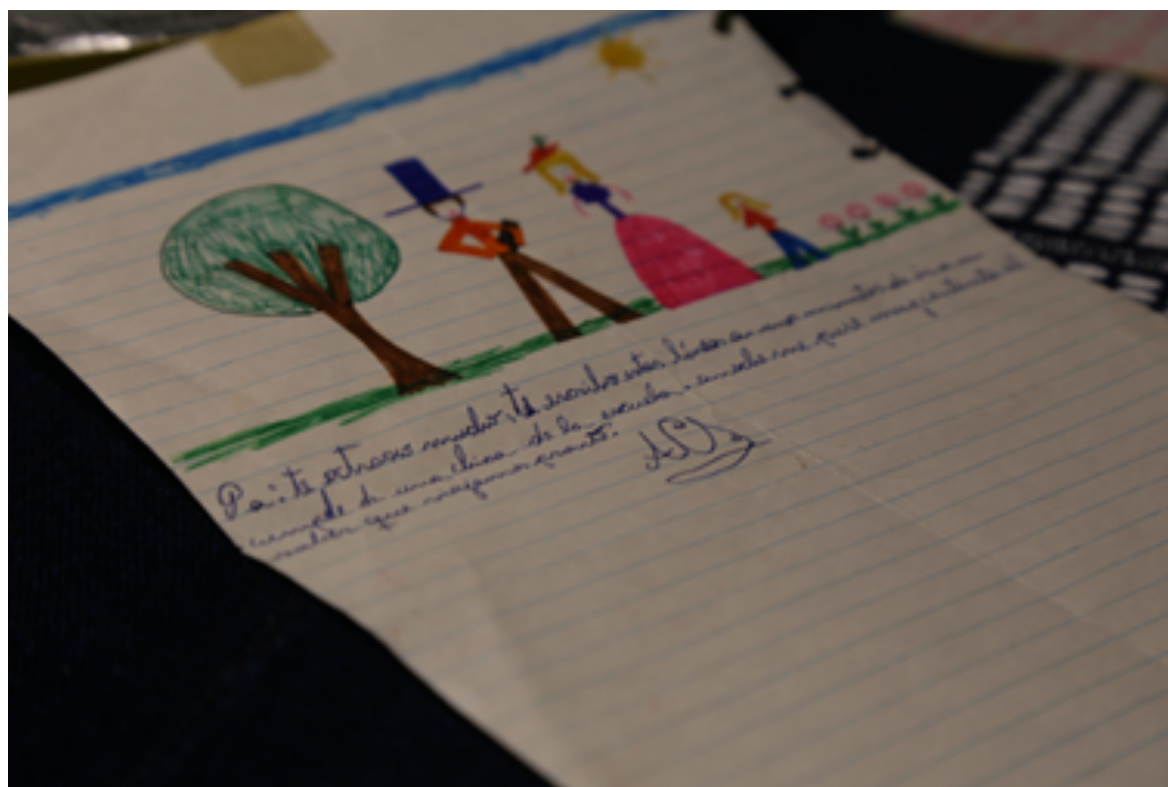
Los relatos familiares poseen la capacidad de hacernos creer a veces que nosotros también estuvimos allí, que fuimos parte de esas historias que se cuentan en las sobremesas, en las madrugadas. Cuando mi hermano mediano era pequeño, era frecuente que yo corrigiera sus relatos, le decía “-pero si vos no estabas, no te podés acordar”. Pero sí se acordaba, si bien era verdad que él no había estado allí, por supuesto. Por demás está decir que estas discusiones nunca las tuve con mi hermano pequeño, que nació en Madrid. Vivimos en los relatos, y yo vivía en los relatos escritos. Habitaba en las palabras de mis libros, de mis cuadernos, de las pequeñas poesías que escribía. Me fabricaba unos diminutos libritos de papel cuadriculado que cosía con mimo, no abultaban más allá de medio dedo de alto y en ellos escribía mis “poesías para chicos y grandes”, influenciada sin duda por los poemas y canciones de María Elena Walsh. Toda una generación de chicos nos educamos sentimentalmente con los versos de “El Reino del Revés” y los cuentos (luego prohibidos por subversivos) de Elsa Bornemann. Entre aquellos micro-textos que yo escribía, y que aún conservo, hay algunos que a día de hoy leo con algo de sobresalto (“me voy para aquí / me voy para allá / y siempre me caigo / al columpiar”). Nos caíamos, caían también otros, y siempre nos movíamos.

Desde el año 74 al 76 casi todos mis recuerdos son de vida en la clandestinidad. Cambiábamos regularmente de domicilio, de escuela, siempre sin poder decir mi nombre, ni en qué trabajaban mis padres, ni dónde vivía. Una de las casas en las que vivimos era una quinta a las afueras de Buenos Aires, donde yo criaba gatos. Por vecino teníamos a un gendarme que, por supuesto, no debía saber quiénes éramos ni qué hacíamos allí. Las reuniones de militancia muchas veces tenían lugar en los domicilios y los chicos escuchábamos desde la cama lo que los adultos hablaban como en sordina. Un día, aparecí en mi casa con el hijo del vecino, el gendarme, que era el único niño aparte de mi hermano con quien yo solía jugar en aquel lugar, para que mi papá lo curara porque era médico, ya que se había lastimado en una rodilla. Y es que, ¿cómo guardar tantos secretos en la garganta de un

niño? Imposible, salvo sin hablar con nadie... (“desde el balcón de mi casa / veo a los niños jugar / y a pequeñasavecillas /durmiendo en el palomar”).

Cuando aquella vez, a la hora del baño, mis padres nos explicaron que había que marcharse del país porque era peligroso quedarse, me cuentan que respondí: -¡Pero si a ustedes ya los mataron a todos!

Durante las semanas en las que mi padre se pateó media Europa de aeropuerto en aeropuerto buscando trabajo yo le escribía pequeñas cartas en las que le contaba de nosotros, le decía cómo iba todo, pero sobre todo le preguntaba cuándo podríamos reunirnos con él. Las breves cartas se las escribía en cartoncitos recortados de las cajas de maní con chocolate. Cuando por fin llegó la noticia de que iríamos (vendríamos) a España, a mis tíos se les ocurrió contarme que en España habría un rey. Qué lío tendría yo ya para entonces en la cabeza que asocié que si los Reyes Magos eran quienes eran, entonces, sin atisbo de duda, mi padre ¡era el rey de España!



En un guiño del destino, las circunstancias han propiciado que esta, que es la primera vez que abordo un escribir sobre mi exilio, sea en una revista de nombre Kamchatka. ¿Puede una película propiciar la apertura de aquellas preguntas que en realidad siempre estuvieron allí, postergadas, agazapadas, esperando a ser formuladas? Eso es lo que me ocurrió cuando vi por primera vez la película de Marcelo Piñeyro, *Kamchatka* (2002). Nunca antes me había dado cuenta de que habíamos salvado la vida. Tras ver el final de la película, esa escena en la que los padres, militantes, se van, dejando a los hijos al cuidado de los abuelos, un grito ahogado se apoderó de mí. ¿Pero cómo? ¿Se van? ¿De verdad los dejan? Era la yo-niña, supongo, la que contemplaba perpleja y angustiada la

escena. Estuve enfadada con esos padres tanto como estuve intentando agradecer a los míos que siguieran con nosotros.

La pregunta del millón durante todos los años de exilio en Madrid era “-¿y... te volverías”, pregunta formulada sin mucha intención de profundizar en nada supongo, pero la respuesta inmediata interior era “-¿Volver? ¿Eso no sería irse, otra vez?” ¿Cuál es el lugar de uno, su lengua, su patria? La idea de ser transterrados para siempre es la que nos mueve a intentar resignificar los exilios y las palabras que los acompañan. La única patria que soy capaz de añorar y a la que siempre deseo volver son los brazos del hombre que amo. Todo lo demás es relato.

Cuando aún la dictadura impedía contemplar siquiera la idea de la vuelta a la Argentina, mis abuelos venían cada cierto tiempo a visitarnos. Una de esas veces llegaron con un valiosísimo regalo: un cajón de madera de un metro cúbico que habían fletado en un barco. En aquel cubo de un metro por un metro tuvo que caber toda nuestra historia: aparecieron juguetes recuperados, objetos de nuestras casas anteriores, alguna que otra foto, mi máquina de coser “Norita”, el muñeco de trapo de mi hermano... Mi abuelo serruchó el cajón y lo transformó en una mesa, y ese cajón debió de ser durante muchos años el único mueble pesado que hubo en la casa de mis padres. Todo el resto de los muebles fueron, durante larguísimo tiempo, muebles plegables, como aquellas sillas plegables de madera que aún conservamos. Por si había que volver.

Relato 3: *Entre paréntesis*⁵

A veces justo esa pizca de poesía es la que hace que el recuerdo sea fiel a la verdad

Katja Petrowskaja, *Tal vez Esther*

Anduve por el mundo y sus lenguas como si todos supieran un secreto ignorado por mí. Sé ahora que no hay secreto, o que esa carencia era el secreto. Pero sigo siendo el extranjero. En todas partes soy el llegado de una isla lejana, inverosímil, imposible casi. De una isla que ya no existe.

Bautista Duizeide, *Kanaka*

“Uno nunca vuelve” leí una vez que decían dos psicoanalistas famosos, los Grinberg, respecto a los fantasmas del exilio o del desplazamiento, que es como yo prefiero definir ese proceso que hizo que en dieciséis días dejara atrás toda referencia, todo lo conocido y familiar, y me instalara en otro país y en otro continente a mediados de 1975. Por aquel entonces con quince años mi salida de la Argentina no fue una expulsión -nadie nos perseguía y nadie nos obligó a exiliarnos. Fue decisión de mis padres -niños de la guerra civil española- abandonar aquel país ya arrasado por la violencia política parapolicial -preámbulo de la violencia militar- e instalarnos en Asturias, de donde ellos eran oriundos. Pensaban que en la casa familiar, en una pequeña aldea de un pueblo de la costa,

⁵ Relato de Marisa González de Oleaga.

encontrarían el refugio para vivir y contener a su hija adolescente. En poco más de tres meses liquidaron lo poco que tenían y sacaron los pasajes para el Cabo San Roque, un transatlántico que haría con nosotros su última travesía. Cargados de baúles con los más variados enseres, que probaban -por si hiciera falta- que éste era un viaje sin retorno, estuvimos ocho días sin ver tierra firme, concentrados en el minúsculo espacio del camarote de segunda, vomitando todo lo que alcanzábamos a ingerir. Cuando mucho tiempo después visité el Jüdisches Museum Berlín y paseé por el jardín del exilio (curiosa combinación de palabras, casi un oximorón), ese espacio desnortado y desnivelado que pretende reproducir algo de la inestabilidad física que experimentan los desplazados, lloré un buen rato rememorando la semana que pasé sin poder levantarme del camastro en aquel cajón de madera rechinante y sonoro en el que me trasladaron de la Argentina a España en 1975. La mar está picada, el tiempo no acompaña. Todos sabíamos que se trataba de otra cosa pero hacíamos como si la culpa del mareo y de la confusión la tuvieran las corrientes y las tormentas. Aún no había palabras para nombrar lo que nos estaba pasando. En ese *intermezzo* de aire, agua y a veces tierra, en ese no lugar o lugar-en-medio-de-ninguna-parte formamos una familia de emergencia con la que soportar la pérdida de lo dejado y anticiparnos a la incertidumbre de lo que nos estaba esperando. Una familia efímera como efímero era el tránsito entre los dos mundos. Un paréntesis. Espacio de desarraigo radical donde no había nada que conservar porque todo estaba perdido de antemano.



De repente todos los vínculos afectivos -esos que nos constituyen y que hacen que seamos quienes somos- se vieron cercenados de cuajo, interrumpidos por once mil kilómetros de distancia y en su lugar el fantasma de un miembro amputado, que clama por memoria y se resiste al olvido. De nada sirvió la aparición de una cohorte de familiares -de sangre- a los que nunca había visto y con los que no tenía ninguna afinidad. La familia es esa parte de la historia propia que está ahí esperando

nuestra llegada al mundo, que recibe alborazada nuestro nacimiento. Es la que, a pesar de las diferencias y los desencuentros, es testigo de nuestra infancia. No es lógico que aparezca quince años más tarde. Menos que lo haga creyendo tener derechos o demandando un afecto que nunca cultivó. Como era de esperar, el injerto fracasó y nunca más volví a hablar de la pretendida prótesis de cosanguíneos, no los volví a ver y no los extrañé porque no se puede echar de menos lo que nunca se tuvo. De esa época me quedó el rastro de un deseo contradictorio e imposible. La añoranza por la garantía familiar, esa especie de pacto de sangre por el que uno pertenece a la tribu -y es beneficiario de su protección y amparo- por el nacimiento, sin que tengan que mediar o dependa de las acciones individuales. Pero por otro, un profundo rechazo a este acuerdo involuntario por el que la familia nos acoge no por ser quienes somos sino por ser parte de una filiación sobrevenida. Como si quisiera reunir lo mejor de los dos mundos -el de la familia biológica y el de la familia en funciones- me he pasado parte de mi vida intentando reconciliar lo irreconciliable. La familia biológica es indestructible a condición de renunciar, parcialmente, a quienes somos. La familia en funciones -como la amistad de la que es deudora- se fundamenta en nuestras particularidades, pero, por eso, suele ser más fugaz y efímera o, al menos, está sujeta a los avatares de la existencia. Como si la seguridad -el amparo irrestricto- se llevara fatal con la libertad -de ser quienes queremos ser-. Y no sin dolor, yo hice mi elección.

Todavía hoy añoro a la familia que dejé en Buenos Aires. De ellos tenía noticias de vez en cuando. Las cartas eran entonces el único medio para mantener la comunicación y era un medio tedioso para la impaciencia adolescente. Recuerdo cuántas veces preguntaba en casa si había llegado el cartero y recuerdo la emoción cuando intuía -a través de las ranuras metálicas del buzón- el sobre celeste y blanco. Noticias, buena o malas, pero noticias. Ese mundo que tanto añoraba todavía estaba ahí, palpaba en mi mano como el corazón de un pequeño gorrión caído del nido. De alguno de ellos no volví a saber más. Con otros se fue perdiendo el contacto de a poco, de forma natural, casi imperceptible. En algún caso la conversación quedó suspendida en una carta que yo no contesté o que, del otro lado, demoraron tanto en responder que ya no hacía falta hacerlo porque el peso de ese silencio había colapsado toda palabra. Pero yo cultivé el recuerdo, los detalles, los olores, los colores con la misma dedicación que un coleccionista, que no sabe, a ciencia cierta, si son los objetos o la búsqueda lo que mueve su pasión.

Viví muchos años entre dos mundos, pendiente de las noticias que llegaban de la Argentina e intentando vincularme de alguna manera con el país de acogida. No fue fácil. Creo que me ayudó el habernos ido a vivir unos meses, a nuestra llegada, a una aldea de diecinueve habitantes, en la comarca de la sidra, en Villaviciosa, y el haber podido contar con un tío (casi abuelo), el hermano mayor de mi padre, que había estado en Cuba y había regresado muy a su pesar. Otro desplazado. Hablaba de una Cuba mítica, como mítica había sido su juventud ya ida, mientras escuchábamos en un transistor de galena, que él mismo había fabricado, Radio Pirenaica. Anarquista y anticlerical furibundo, este hombre alto y flaco, que parecía un quijote imberbe vestido con trajes remendados de los años 30, relojero e inventor, me salvó la vida. Y ese pueblo pequeño, ajeno y familiar al mismo tiempo, me permitió mitigar temporalmente la añoranza. Algo en esa casa grande, llena recuerdos y fantasmas, me convocaba. Todo allí era desconocido y, sin embargo, me pertenecía.

Otro paréntesis. Lugar fuera de lugar que escapó al tiempo. Tregua entre dos mundos, el que habíamos dejado y el que prometía ser definitivo. Mientras tanto, esos cuatro meses en esa casa a la que llegamos de madrugada un día del mes de julio, poco antes de mi cumpleaños. Esa primera noche nadie durmió, pero yo fingí hacerlo. Todos hablaban de una habitación a otra como hacían cuando eran niños. Casi al alba escuché a mi padre sollozar y vi, a través de la puerta entornada, a su hermana mientras lo sostenía en un abrazo y él intentaba explicar su desconsuelo: cuando se había ido la casa estaba llena, a su vuelta ya no quedaba casi nadie. Había emigrado muchas décadas atrás y allí quedaron el padre, la madre, los diez hermanos -entre ellos, Oliva, su hermana más querida con la que me confundiría una y otra vez poco antes de morir- y sus tías. Una tribu, una auténtica tribu. A su regreso sólo dos estaban esperando. Sólo dos de tantos. Mi padre en esa casa se encontró cara a cara con la ausencia. Había sabido por carta de la muerte de cada uno de ellos y lo había sentido en la distancia pero allí, donde nació y donde dio sus primeros pasos, tuvo que hacer frente al vacío. Los ausentes pertenecen a un lugar y a un paisaje, no se los puede extrañar allí donde nunca estuvieron. Fuera del espacio donde uno los recuerda los muertos no se mueren del todo. Para mi padre, a su regreso, la casa familiar se transformó en una tumba, un gran agujero negro, del que intentó escapar en cuanto pudo. Peleó titánicamente contra el desgarro de saber que esa casa se había tragado a todos los que había querido. En una especie de sacrificio último para conjurar la ausencia se propuso hacer arreglos en aquella vieja casona, llena de habitaciones y muebles, trabajó con tesón para acondicionarla, construyó un baño para aligerar mis incomodidades, acostumbrada como estaba a la gran ciudad, y en cada paso reconocía el fracaso inevitable: nada ni nadie le podían devolver lo perdido. Yo observaba esa lucha con ternura, la misma que hoy me produce mi hijo, que tanto se parece a él, cuando intenta ajustar cuentas con su memoria familiar.

Un barco en su última travesía y una casa grande y fría, marcados a cada centímetro por historias, nombres propios y recuerdos ajenos. Lugares de tránsito y, sin embargo, los lugares más permanentes que nunca tuve. Es en estos lugares efímeros, etapas de un largo viaje que creemos nos lleva a otra parte, donde durante mucho tiempo decidí arraigar, con la secreta esperanza de que su provisionalidad fuera un conjuro contra la pérdida sin advertir que en esos lugares, como en las cartas escritas con tinta invisible, nuestro aliento va calentando el papel y haciendo emerger una misiva que tenemos que entender y de la que tenemos que apropiarnos, una carta escrita por otros y para otros pero que tenemos que hacer nuestra. Cuando lo conseguimos podemos decir que hemos regresado.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio. "Política del exilio". *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura* (1996): 26-27.
- Alcoba, Laura (2014). *El azul de las abejas*. Buenos Aires: Edhasa.
- Anzaldúa, Gloria (2007). *Borderlands/La Frontera*. San Francisco: Aunt Lute Books.
- Arfuch, Leonor. "Memoria, testimonio, autoficción. Narrativas de infancia en dictadura". *Kamchatka. Revista de análisis cultural* 6 (2015): 817-834 (DOI 10.7203/KAM.6.7822)
- Barthes, Roland (1994). "Escribir, ¿un verbo intransitivo?". *El susurro del lenguaje*. Barcelona: Paidós.
- Bautista, Francisco y Marisa González de Oleaga. "Testimonio, historiografía y catástrofe. Viviendo entre las ruinas". *Historia y Política* 10 (2003): 285-297.
- Benjamin, Walter (2015). *Crónica de Berlín*. Madrid: Ábada.
- Boccanera, Jorge (comp.) (1999). *Tierra que anda. Los escritores en el exilio*. Rosario: Ameghino Ed.
- Bonasso, Miguel (2006). *La memoria en donde ardía*. Buenos Aires: Colihue.
- Derrida, Jacques (1993). *Sauf le nom*. Paris: Galilée.
- Didi-Huberman, Georges (2004). *Imágenes pese a todo. Memoria visual del holocausto*. Barcelona: Paidós.
- González de Oleaga, Marisa (2011). "(D)efecto de forma. Fascinación y mito en los relatos sobre utopías". González de Oleaga y Bohoslavsky. *El hilo rojo. Palabras y prácticas de la utopía en América Latina*. Buenos Aires: Paidós: 303-324.
- González de Oleaga, Marisa (2013). "Tocar timbres o la utopía en el museo". González de Oleaga (ed.). *En primera persona. Testimonios desde la utopía*. Barcelona: Ned Ediciones: 301-320.
- Gómez, Albino (1999). *Exilios (Porqué volvieron)*. Rosario: Homo Sapiens.
- Guelar, Diana, Jarach, Vera y Ruiz, Beatriz (2002). *Los chicos del exilio. Argentina (1975-1984)*. Buenos Aires: Ediciones El País de Nomeolvides.
- Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI-España Editores.
- Jensen, Silvina. "Exilio e Historia Reciente. Avances y perspectivas de un campo en construcción". *Aletheia* 2 (2011): 1-21.
- Lastra, S. (2010). *Del exilio al no retorno. Experiencia narrativa y temporal de los argentinos en México*. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Académica México. Tesis doctoral.

- Mira Delli-Zotti, Guillermo (2004). “La singularidad del exilio argentino en Madrid”. Yankelevich, Pablo (comp.). *Represión y destierro. Itinerarios del exilio argentino*. La Plata: Al Márgen: 87-112.
- Mira Delli-Zotti, Esteban, Guillermo y Esteban, Fernando. “El flujo que no cesa. Aproximación a las razones, cronología y perfil de los argentinos radicados en España (1975-2001)”, *Historia Actual* 2 (2003): 33-43.
- Moyano, Daniel (1993). “Escribir en el exilio”. Kohut, Karl y Pagni, Andrea (eds.). *La literatura argentina hoy: de la dictadura a la democracia*. Francfort: Vervuert: 23-35.
- Nietzsche, Friedrich (2011). *Ecce homo. Cómo se llega a ser lo que se es*. Madrid: Alianza Editorial.
- Olmo, Margarita del (1990). *La construcción cultural de la identidad. Inmigrantes argentinos a España*. Madrid: Universidad Complutense.
- Olmo, Margarita del (2002). *La utopía en el exilio*. Madrid: CSIC.
- Parceró, Daniel, Helfgot, Marcelo y Dulce, Daniel (comps.) (1986). *La Argentina exiliada*. Buenos Aires: CEAL.
- Pérez, Mariana Eva (2012). *Diario de una princesa montonera*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Pinilla Burgos, Ricardo (2010): “Memoria y sensibilidad en Walter Benjamin”. *Actas del III Seminario Internacional Políticas de la Memoria: Recordando a Walter Benjamin*. Buenos Aires-Argentina, 25, 26 y 27 de octubre de 2010.
- Sánchez-Mateos, Rafael (2015). *De la ruina a la utopía: una constelación menor. Potencias estético-políticas de la infancia*. Departamento de Filosofía y Filosofía moral y política: UNED. Tesis doctoral.
- Simón, Paula (2014): “La representación del exilio en la narrativa concentracionaria argentina”. Montevideo, *II Jornadas de trabajo: Exilios Políticos del Cono Sur en el siglo XX*.